EPÍLOGO

1. Es éste el tercer epílogo que escribo, el primero en 1976 para mi libro *Anotaciones de Sociología Independiente,* el segundo al conmemorativo por mí dirigido*, 50 años, MAPFRE hacia el futuro,* y éste para *Utopía de la Nueva América,* que justifica y es coronación de una vida personal y profesional que ha buscado sobre todo adquirir experiencia para pensar en el futuro, como contribución a la humanidad en su nueva andadura que comienza en 1992, y no sólo porque lo deseemos los españoles para enaltecer nuestra historia.

No sé por qué comencé la técnica del epílogo, pero la creo útil, en especial para un trabajo sin método, a saltos, a borbotones, no sabiendo en cada momento lo que iba a aparecer en sus cuartillas, ni lo que se iba a alterar de lo ya escrito, ni el lugar en que debía estar enmarcado. El libro ha cambiado varias veces de nombre; comenzó *como Relaciones entre Iberoamérica y Angloamérica,* después se orientó al futuro, como *La Nueva América,* a lo que se incorporó en subtítulo: *Reflexiones para la Edad Universal;* posteriormente, se calificó a éstas de «utópicas», y al final, casi en imprenta, se le bautizó como *Utopía de la Nueva América, Reflexiones para la Edad Universal.* Lo mismo ha ocurrido con el texto, por lo menos con cuatro estructuras y cada capítulo revisado y alterado hasta diez veces en algunos casos. Es un libro «anticartesiano», que refleja mi propio modo de ser, pero también las mudanzas en los cerca de dos años transcurridos en su preparación, en que también personalmente he tenido alteraciones profundísimas por diversas razones.

Un epílogo permite justificar lo escrito, reaccionar a comentarios, criticarlo, añadir con desorden nuevos aspectos y sugerencias que habían quedado fuera de sus páginas y con todo ello aumentar su «viveza» que procede de desasosiego interno, insatisfacción del que quiere y no sabe exponer sus ideas y esconde algunas para el final, al que llegan pocos lectores, salvo excepciones como la mía que comienzo a leer normalmente por lo último. Quizás sea ésta la razón subconsciente de estos epílogos: pensar que otros hacen lo mismo.

Esta obra procede de sucesivas tempestades de ideas, generalmente sólo mías, pero también con personas concretas, como el gran catalán-venezolano Pedro Grases, que me ha orientado con su conocimiento profundo de la realidad de Hispanoamérica y me honra prologándome. Las «tempestades» se han unido a conversaciones, encuentros y acontecimientos nacionales o internacionales, con impacto en lo individual y en lo colectivo, así como hechos relevantes en esos dos años: unificación alemana, Guerra del Golfo, desintegración soviética, desintegración y guerra de Yugoslavia, crisis antidemocrática en Argelia tolerada y auspiciada por los demócratas, y bastantes etcéteras. Varías han anticipado mis predicciones, a que he tenido que renunciar, pero aportaban sugerencias sobre lo que *podría* ocurrir en el tercer milenio de la humanidad cristiana, o derivada de ella, aun acentuando la renuncia a sus orígenes.

Han sido curiosos los cambios en la «nomenclatura geográfica». Por ejemplo, Unión Soviética, Imperio Soviético, Rusia, Federación Rusa, CEI, Repúblicas ex-soviéticas, etc. Todos han ido desfilando, como igualmente el paso de la «crisis del Golfo» a la «Guerra del Golfo», a la «victoria del Golfo», o de la «crisis yugoslava» a la «guerra civil (no declarada) yugoslava», la «guerra serbio-croata» y la «desintegración yugoslava». No ha sido período rutinario y tranquilo, con otros temas más profundos, como la «crisis del marxismo», su desaparición tragicómica, único calificativo que cabe, y su completo olvido, incomprensible después del «complejo» que tenían algunos no marxistas por no sentirse «progresistas» y «científicos» en un entorno en que esto dominaba.

No resisto citar en este momento al reaccionario, olvidado y ridiculizado carlismo, todavía respetado, cuando no compartido en sus principios, en una sociedad hostil a su profundo sentimiento religioso. Por eso, me atrevo con la informalidad de este epílogo a transcribir un artículo escrito por mi padre en 1942 para una publicación clandestina de un grupo de jóvenes carlistas que nos reuníamos en mi domicilio de Velázquez, 100 y en la Academia Mella, en la calle Barquillo, y que no aceptábamos, ni lo hicimos nunca, la autoridad del general Franco ni su régimen.

> Un país en que nadie se siente unido al pasado, no es una Patria, es una inclusa.
>
> Los desventurados expósitos dan testimonio de haber nacido, pero, ¿cómo podrán darlo de sus padres? [...]
>
> Por eso las inclusas políticas modernas hace mucho tiempo que rehuyen sistemáticamente llamarse patrias; y se llenan la boca a todas horas llamándose naciones. Que no es lo mismo. Nación es cosa de nacer. Nacen los seres humanos, pero nacen también las bestias. Es decir, que las bestias tienen nación. Lo que no tienen las bestias es patria.
>
> ¿Qué les importa el pasado? Apenas nacidos, los irracionales se hacen independientes, pierden toda relación con sus padres, no los reconocen ni son reconocidos por ellos. Se dispersan padres e hijos sin ningún afecto ni vínculo duradero. Tampoco el futuro les importa. Viven brutalmente, para la satisfacción momentánea de sus instintos más elementales: comer, procrear, defenderse y campar individualmente.
>
> No tienen nada racional que transmitir.
>
> Pero los seres humanos, sí. Un lenguaje, y con el lenguaje, la fe de su origen y de su fin, las revelaciones divinas, la sabiduría acumulada por el esfuerzo de las generaciones precedentes, la historia de tanta abnegación, y con ellas la veneración a los padres y a los padres de sus padres y a sus antepasados, de quienes, con la sangre, conservan tantos bienes que les distinguen en su dignidad superior de los irracionales y les obligan al deber y al honor de merecer, por su propio amor y abnegación, ser dignos de la admiración de las generaciones futuras.
>
> Toda esa Tradición es una corriente espiritual, racional y política que discurre por cauces naturales desde el pasado al porvenir, sobre vínculos de origen familiar, en el común y perdurable interés de la Patria.
>
> Y ésa es la vida política natural, por ley inviolable. Cuando parece que se viola, los pueblos padecen o perecen, prueba de que la ley es inviolable o indefectible. Como que es legitimidad de origen divino.
>
> Miserables incluseros políticos, que reniegan o desconocen a sus padres. Quieren ignorarlos imitando a los irracionales. Y con esa tendencia meramente animal, no se preocupan de la patria, sino sólo de la nación. No veneran la tradición de sus padres, pero se dejan domesticar o atropellar por cualquier amo, o arruinar o envilecer por cualquier padrastro o cualquier chulo aventurero. Como no traen en sí el espíritu de la patria, querrían haber nacido franceses, o ingleses o alemanes, o rusos, o ser híbridos de treinta sangres, según la moda.
>
> Estas inclusas políticas son la ruina de la civilización; con su tendencia animal vuelve de nuevo la humanidad a la fiereza de las selvas, retornan a la barbarie, pero no a la barbarie inocente y primitiva, sino la regresiva por corrupción.
>
> ¿Y qué podrá ser de los incluseros? Si en las inclusas de la caridad la mortalidad pasa a veces del cincuenta por ciento, en las inclusas políticas mueren todos los miserables expósitos.

> ¿Qué queda en España de más de quinientos partidos políticos antitradicionalistas aparecidos en un siglo?
>
> ¿Quién se acuerda ya de quienes fueron los Ayacuchos, los Fusionistas, o los Idóneos? Los hubo que parecieron arrollarlo y dominarlo todo durante un momento: el poder, la opinión, los triunfos y las ganancias...; pero no se salvaron jamás de la suerte común; apenas nacidos perecieron sin dejar honra de memoria, así como incluseros o híbridos que vivieron sin honrar a sus padres.
>
> Entre tanto, exonerado, proscrito, confiscado, en prisiones, combatido, fusilado, asesinado, perseguido, traicionado, calumniado, silenciado, y vendido durante más de un siglo, dado por muerto mil veces, sólo el Carlismo no ha muerto porque es la vida política española natural de origen divino, la tradición inaccesible de la España eterna.

Añado que en esos años, muy difíciles, mi padre sólo podía escribir en la clandestinidad y un libro con esa misma línea de pensamiento, afortunadamente la que yo mantengo, sin dialéctica política inmediata, estaba desde 1938 prohibido por la censura, por su director en aquella época, cuyo nombre por caridad oculto, que pensaba que esas ideas eran peligrosas para el desarrollo de la doctrina «Nacional-Socialista» que él trataba de introducir en el pueblo español y algunos pocos queríamos evitar. Hasta 1951, mi padre aún con vida, no pudo publicarse, con el título de *Cristiandad, Tradición, Realeza.*

2. No sé si éste es lugar adecuado para una dedicatoria profunda, pero aquí va a ir, tímida, propia de persona poco proclive a exteriorizarse, a ofrecer al prójimo su interior, su «caudal» como recomendaba Baltasar Gracián, cuyo exceso de palabra sirve para ocultar lo íntimo personal.

Este libro, colofón de una vida, necesita ir dedicado a quien la ha hecho posible y a quienes ha sacrificado su autor, quizás con objetivo idealista encomiable, pero también egoísta, vanidoso y pretencioso, que «de todo hay en la viña del Señor». Por eso lo dedico a mi familia, a mis hijos y nietos, a quienes no he ofrecido el tiempo y comprensión a que estaba obligado, y no siempre con justificación ejemplar, y a quienes he privado de algo a que tenían derecho, pero que ciertamente no reclamaban, en la línea principalmente vasca de no exteriorizar lo propio y poner barreras para que nada lo franquee, como mi madre, extraordinariamente ejemplar, que en ningún momento de sus 91 años hizo una sola pregunta personal a ninguno de sus ocho hijos.

A los míos los he relegado para concentrarme en mi trabajo, con objetivo invariable que culmina en este libro, aunque ahora dudo de si es cargo de que debo dar cuenta a Dios cuando me juzgue. Para mi familia no ha sido en conjunto demasiado negativo porque mi mujer, Lourdes, ha compensado mis limitaciones con entrega abnegada más allá siempre de lo razonable, de lo exigible, de lo imaginable, para suplir mis fallos, ausencias y faltas, dando a todos tanto que no pueden quejarse de lo recibido de sus padres, aunque el reparto haya sido desigual. También a mí me ha atendido y dado su vida, sin compensaciones que yo sí he tenido, con ayuda muy activa desde hace más de 45 años —cuando revisaba los artículos que su novio le enviaba desde Londres para entregarlos bajo su responsabilidad a la imprenta—, con comprensión y colaboración posterior permanente en la vida social y de pensamiento. Sin ella no hubiese tenido el éxito empresarial que me ha permitido relaciones y contactos humanos con que he podido reflexionar sobre la humanidad futura, como en esta ocasión.

Por ello, este libro está sobre todo dedicado a ella, como símbolo de la familia para hombres y mujeres de todas clases en el próximo milenio y como ejemplo de la más alta

libertad, que es la elección sin reservas del compromiso generoso e irrevocable de amor, que es darse a los suyos sin pesar y por encima de todo interés personal. Soy torpe en mis palabras, la intensidad de acción seca la capacidad de sentimiento afectivo, pero mi intención no es superficial; este libro es más de ella que mío porque es resultado de 50 años de participación activa, permanente e intensa en mi propia vida y así razón de ser de esta obra.

3. Hacia el año 1948, pensé, no llegué a más, escribir un libro sobre la Administración Pública, en que entonces trabajaba, señalando defectos y realidades de la vida pública española, no la circunstancial de un período. Pensé que su lema podría ser un conocido poema de Quevedo que comenzaba:

> No callaré por más que con el dedo,
> ya tocando los labios, ya la frente,
> silencio avises o amenaces miedo,
> ¿no ha de haber un espíritu valiente,
> siempre se ha de sentir lo que se dice,
> nunca se ha de decir lo que se siente?

Era mi intención ingenua hablar claro de lo que veía y advertía en aquel momento; sólo lo comenté con un gran amigo mío, muy enfermo y que murió en 1952, Juan de la Cierva y Gómez Acebo, que tenía tiempo para escucharme cuando por amistad y caridad le visitaba. Ahora, tanto tiempo después, con independencia personal y ausencia de ambición futura, hubiera podido utilizar ese poema para el libro, pero no lo hago porque no lo merece. No dice el libro todo lo que pienso, maquilla discretamente algo de lo que pienso y se refiere a aspectos de futuro en que no creo. Desgraciadamente es una muestra, cortés y «civilizada», de la vida social, con respeto humano y hasta fariseísmo, aun escrito con «buena intención» y quizás menos preocupación egoísta de la habitual. Pero, aun con ello, es manifestación de falta de libertad y del miedo en el ser humano. Mi padre, hombre entero e incorruptible, al que debería extender la dedicatoria, no lo hubiera aceptado, pero por ello tuvo menos éxito material y aun con todo, decía: «no conozco la conciencia de un desalmado, pero sí la mía que paso por hombre honrado y es muy poco edificante».

Al tiempo que expreso lo anterior, creo en lo que comento y anticipo, aunque sea con carencia de mil años. Parece paradójico, pero es manifestación del misterio de la humanidad y constante contradicción en que hombres y mujeres nos encontramos, principal razón por la que soy miembro sumiso de la Iglesia Católica, sin dejar de ver defectos y limitaciones que, como las de todos, sólo Dios puede conocer y juzgar.

4. En este epílogo quiero comentar algún aspecto de mis «reflexiones», en que he advertido extrañeza u oposición.

— *Escandaliza* mi propuesta de cancelación total e inmediata de la deuda externa de los países iberoamericanos, que, por las mismas razones, se debería extender a países con renta per cápita inferior en 1991 a unos 3.000 dólares. Lo considero indispensable pero, sobre todo, inevitable; sin ello no cabe afrontar los graves problemas de la gran crisis actual. Tiene poco valor material, pues nadie cree ni ha pensado nunca que esa «deuda» se vaya a pagar, pero sí tiene valor simbólico, como en su momento el Plan Marshall, esta vez para toda la humanidad, no sólo para Europa. Si esta «operación» se ejecuta acertadamente será punto de partida de la *perestroika* del sistema de relaciones entre naciones creado a lo largo del siglo XX. Además, será acto de justicia, equidad y solidaridad, por sí mismo y por lo que representa al abrir camino a todos los pueblos, ricos y pobres, otra etapa, una Edad Universal con mayor solidaridad y exigencia de responsabilidad sociopolítica para los gobernantes. Además, esa

ejecución es sencilla; la mayor parte de la deuda es «soberana», o sea, pública, de organismos y empresas estatales y su eliminación conlleva la de su carga de intereses y obligaciones exteriores, con mejora sustancial de la balanza de pagos, posibilidad de equilibrio interno, procesos de reconstrucción económica y acumulación interna de ahorro que son indispensables en todos los países iberoamericanos. Los que «perdonan» sólo necesitan para ello un asiento contable.

Sus consecuencias negativas podrían ser que algunas empresas privadas se enriqueciesen injustamente, que algunas instituciones bancarias «Norte» viesen amenazada su supervivencia y que fuese injusto para los adquirientes de títulos de «deuda» en mercados internacionales. Pero es fácil eliminar esos efectos no deseados; la «deuda» realmente privada se puede transformar en deuda interna nacional; los países «Norte» con instituciones bancarias afectadas pueden adoptar medidas para proteger sus sistemas financieros y será fácil compensar con prudencia a quienes adquirieron a la baja sus títulos. Es obvio que paralelamente a esta gran operación contable se deberían implantar normas rígidas para evitar nuevo despilfarro y endeudamiento irresponsable, entre otras la exigencia de aval de países con una alta renta per cápita.

— *Escandaliza* mi propuesta de que España establezca un canon compensatorio de errores y abusos a pueblos indígenas en la conquista y colonización, con admisión de culpa y dando razón a los que nos atacan y se oponen a la celebración del V Centenario, generalmente activistas politizados. España obtuvo riquezas con sus posesiones americanas y favoreció a sus súbditos con propiedad comunal o individual de pueblos indígenas. Esto ha sido línea habitual en la mayoría de los imperios de la historia, de que procede nuestra sociedad occidental y, supongo, las no occidentales, como ocurrió con incas o aztecas respecto a otros pueblos indígenas. La justificación histórica no elimina hechos, y menos a España que conquistaba y colonizaba por motivos espirituales, lo que aumenta su responsabilidad y obligación moral compensatoria material. Un acto así enaltece a quien lo promueve y sirve de ejemplo para las relaciones Norte-Sur y, por qué no decirlo, mejora nuestra imagen ante una comunidad humana, pronto 20 veces la nuestra, que habla nuestra lengua y comparte nuestra cultura, y de cuya existencia los españoles hemos de obtener ventajas futuras. No deseo «abaratar» el esfuerzo, pero sí explicarlo, porque lo creo importante para el futuro común de España y pueblos herederos de su cultura.

Esta aportación económica española, si se encauza a áreas con mayor necesidad y se administra con efectividad y sin burocratismo que desnaturalice y disminuya sus efectos reales, se podría «contabilizar» como activo financiado con *sacrificio* de los españoles actuales y futuros, y sólo así sería fructífero. Parece difícil que una sociedad como la española, únicamente preocupada por mejora material individual lo acepte voluntariamente, como también que lo hiciese la sociedad europea o la angloamericana, pero ésta es la clase de esfuerzos que exige la solidaridad real entre pueblos, no la teórica farisaica. Sin ella será inevitable el declive constante y creciente de la sociedad blanca, hedonista, con falta de caridad para el prójimo que sufre, caridad cristiana, y no la que acepta la herencia que beneficia pero no sus obligaciones.

— *Escandalizan* mis comentarios sobre la necesidad de un «gran gendarme» para el equilibrio mundial, cuyo poder se modere con una estructura política piramidal con participación ciudadana. Reconozco que es deseable, conveniente, puede ser útil, pero no es suficiente, ni un solo gendarme, ni dos, ni un club de ellos. Es el gran riesgo de *este final del siglo XX en que vivimos,* con posibilidad de proliferación indiscriminada de potencia nuclear a que cerramos los ojos como las avestruces. Pero en cualquier alternativa actual (y futura) no es estable una estructura de máximo poder destructivo sin autoridad espiritual superior, sin que

los que ostenten ese poder físico no tengan a quien rendir cuentas, ya que el poder del pueblo es manipulable, caso de Alemania e Irak, aunque evita abuso y explotación en comunidades políticas no completamente soberanas. No creo en el equilibrio ni en la equidad de una sociedad en que el poseedor de la «maleta del gran trueno» y su correspondiente botón no se sienta, aun sólo moralmente, supeditado a una autoridad superior, aunque es ésa la situación a que conduce nuestra sociedad ideal occidental.

— *Escandaliza* que indique que cambiará sustancialmente y se reducirá el actual ámbito de la soberanía nacional, base del sistema de relaciones mundiales del siglo XX, en que cabe el principio «falaz» de pretender que la soberanía de las islas Seychelles o de San Marino sea exactamente igual que la de Alemania, ambos casos referidos al azar. Y también que se sientan con derecho a plena soberanía unidades políticas sin viabilidad, que necesitan ayuda no coyuntural sino estructural. Salvo casos casi anecdóticos, esto no ha existido hasta el siglo XX, como tampoco había existido un «Estado comunista». Este ha caído porque no tenía lógica y el concepto de la soberanía absoluta también va a caer, como ya está ocurriendo en la Comunidad Europea. La alternativa es que esto ocurra con violencia, como la de Europa en la primera mitad de este siglo (yo era ex-combatiente de la Guerra Civil Española cuando se inició la última contienda), o que se haga de modo voluntario, prudente y paulatino, pero poca duda cabe de que ése es el futuro, pero no sé por qué razón, o quizás sí lo sé, nadie lo dice, pues aun sin ser erudito, no me parece que se haya expresado, como en este libro, de modo categórico y general.

Este comentario, en cierto modo sugerencia, resulta audaz, pues parece recomendar un poder espiritual con fuerza moral que dificulte el abuso del más alto dignatario mundial. Quizás mi prudencia en las «reflexiones formales» desaparece en este epílogo, desenfadado y personal, y en él afirmo que si no fuese posible un poder espiritual superior como el de la Cristiandad de la Edad Media Europea (que todavía de algún modo subsiste), habría que inventarlo. A ningún ciudadano de ningún país satisface que el futuro de su entorno esté absolutamente supeditado al resultado de unas elecciones en California, Nueva York, Minsk o Alma-Ata, como exactamente ocurre ahora, aunque mi punto de vista se califique de heterodoxo, como ocurrió con Galileo en el siglo XVI.

— *Escandaliza* que me haya atribuido el derecho, o atrevido a expresarlo, casi a hacer un nuevo mapa de Hispanoamérica, con agrupaciones de países que muchos se odian entre sí (como Alemania y Francia hace 50 años). Pienso que las utopías siempre son estimulantes, aunque no se hagan realidad, pues para eso son utopías. Escandaliza especialmente que haya agrupado Perú y Bolivia en los posibles «Estados Unidos Australes» de América. Esta parte de escándalo la comparto plenamente, ha sido una «libertad irresponsable» que se me debe perdonar y que me deben perdonar peruanos y bolivianos. La quiero justificar. A pesar de la grandeza histórica de Perú, indígena y castellana, cabeza de un gran imperio y de un gran virreinato, el Perú actual es el país con más problemas de América y casi quizás del mundo y requiere gran ayuda. Si me hiciesen caso los españoles con mi «canon histórico», una gran parte de él debería ir a Perú, junto a Centroamérica y Las Antillas. Por eso necesita encuadrarse en un entorno que pueda ayudar a su reconstrucción nacional, caso de los países australes que serán poderosos en los próximos siglos y deberán ser también generosos. Es mejor la situación de Bolivia, pero en cambio es más obvia su vecindad con Paraguay, Argentina y Chile, y su gran distancia de Venezuela, por ejemplo. En todo caso, no hago una propuesta, sino que pienso en alto, aplicando lo que me parece lógico, en la creencia, recogida por la experiencia, de que lo que es lógico que suceda acaba sucediendo.

También puede ser caprichosa la adscripción (teórica, como cuando se juega con garbanzos y no con dinero) de Surinam y las Guayanas a los Estados Unidos Bolivarianos. Si se

extiende el principio de agrupaciones nacionales, sólo queda esa solución o la brasileña, sus ciudadanos tendrán en algún momento que decidir.

Pero lo claramente más discutible es agrupar Centroamérica, con o sin Panamá, con Las Antillas, áreas heterogéneas y distanciadas. La unión casi parece contra natura. Si en realidad es así no será viable y se considerará uno de mis errores o desaciertos, pero tiene lógica. Son países con problemas, aun de diferente naturaleza, alguno vinculado con satisfacción a Angloamérica, pero otros con reacciones viscerales pero reales contra ella. Necesitan una fórmula especial que haga posible simultáneamente vinculación y aislamiento de los Estados Unidos, con participación, pero no excesiva, de otros países hispanoamericanos (México y bolivarianos) y muy posiblemente también de España y Europa, que deberán colaborar muy generosamente en la protección de la independencia de una federación tan heterogénea y fragmentada. Sin una fórmula imaginativa y muy discutible estos países acabarían en el área de México, de Venezuela y Colombia o de Estados Unidos. El tiempo y sus ciudadanos dirán la última palabra.

5. Las tendencias para la reestructuración político-geográfica son en algunos casos contradictorias e incongruentes. Son ejemplo las siguientes:

— Concentración política de naciones, más o menos tenue, con alguna delegación clara y precisa de soberanía nacional, como la que nadie duda convendría a Europa y algunos pensamos que a América y que podría denominarse «regionalización mundial».

— Disgregación política de algunas estructuras nacionales, dotando de más capacidad de decisión propia y a veces autonomía o independencia a áreas geográficas, regiones o comunidades dentro de un Estado.

— Coordinación de regiones afines encuadradas dentro de Estados diferentes, caso en España de Cataluña, País Vasco y Galicia, con Francia y Portugal, y hasta extracontinentales de Andalucía con el Magreb.

— Desgarramiento por razones étnicas o religiosas de un área dentro de una provincia, región o comunidad autónoma, para adquirir alguna clase de poder político, como ocurre en Croacia, Eslovenia, Azerbayán y Armenia y otras que se manifestarán próximamente, incluso en Argelia con su Kabilya.

Tendrán las cuatro repercusión en la futura estructura política, están justificadas y deberían ser adecuadamente reguladas en la Edad Universal. No sé cómo puede lograrse, es más fácil describir un problema que resolverlo, pero supongo posible alguna solución pragmática.

Me detengo en la «regionalización mundial» que exigirá acercamiento de las burocracias internacionales políticas y administrativas a los problemas de los pueblos, con el mismo beneficio que produce que decisiones para Valencia se adopten en Valencia y no en Madrid. La UNESCO interamericana será más eficiente que la UNESCO mundial y lo mismo otras agencias internacionales y la «súper agencia» que son las Naciones Unidas. Hasta el siglo XX apenas existían instituciones mundiales, lo eran de carácter imperialista en área geográfica limitada, o de carácter voluntario en zonas próximas, con la salvedad de la Unión Postal y alguna otra semejante. La eclosión de soberanías consecuencia de la descolonización, la actuación de la ONU y la confrontación hegemónica ruso-americana, han hecho crecer el problema fuera de cualquier límite previsible, aunque todavía no se reconoce su inmanejabilidad y necesidad de cambio drástico, como desde hace bastantes años existía en Rusia y exteriorizó Gorbachov.

Sólo la regionalización piramidal del mundo permite afrontar la Edad Universal. Las fórmulas políticas para ello utilizadas, siempre discutibles, obligarán a la transformación de las grandes Agencias Internacionales, «dinosaurios burocráticos» que han perdido sensibilidad para la función que tienen asignada, que siempre debe ser la mejora general o específica de derechos e intereses de los ciudadanos del mundo. Ahora su mayor preocupación son los intereses endogámicos de sus funcionarios y dirigentes, con enorme coste social y «magro» servicio. La vía a la estructura integral política piramidal será lenta, el ejemplo de Europa, no mejorado en Maastricht, lo demuestra; necesita siglos para «institucionalizarse». En cambio, la reestructuración de las «Agencias Internacionales» y reducción al límite mínimo absoluto de sus «funcionarios mundiales» puede ser camino aceptable a plazo relativamente corto.

La estructura piramidal y la limitación de soberanía nacional sólo se conseguirán si existe fuerte presión negativa económica que imposibilite financiar el coste y despilfarro inherente a la «microsoberanía plena» y si existe presión para la universalización, curso inevitable para la historia futura, por sus cambios sociológicos, consecuencia de los científico-tecnológicos. Los orgullos nacionales y los intereses «profesionales» de dirigentes políticos, que perderán capacidad decisoria final, serán grave obstáculo para ese objetivo, precisamente porque contribuyen a dificultar sus propios abusos en perjuicio del ciudadano normal.

6. He abordado lateralmente una pieza clave del futuro: la coordinación y evolución política de Asia y su vecina Oceanía a lo largo del Tercer Milenio. El motivo es mi ignorancia; creo saber lo que son y hasta quizás lo que deben ser Europa y América, pero no me ocurre lo mismo con Asia, por otra parte con grandes unidades separadas cultural y políticamente. Si tuviese por delante 20 años de vida empresarial como los que me han permitido conocer América, los dedicaría a Asia, futuro «ombligo» del mundo, con mares que se transformarán en un nuevo Mediterráneo cultural y de poder, que deje en segunda posición a Europa e incluso a Europa y América conjuntamente. Con nostalgia y orgullo debemos recordar que el Pacífico fue un mar español, al que las dos naciones de la península Ibérica llegaron con opuestos derroteros, y que este océano influirá en el próximo milenio en la evolución política de sus costas americanas.

Asia es heterogénea y en ella hay dos potencias con ambición hegemónica, permanente, no circunstancial, China e India, que no es fácil acepten renuncias de soberanía por integrarse en un conjunto continental, pues sus ambiciones y diferencias son insalvables, y además la dimensión humana de cada una de ellas es semejante a la de Europa y la de América.

Japón es algo distinto, con vocación casi occidental y aspiración de hegemonía universal, necesita alianzas, que no integración, o con India, o con China, o con Europa, o con América, pero aún faltan más de 100 años para que pueda *comenzar* a concretarse cualquier tendencia de esta clase. Asia no se agota en esos tres grandes países, sino que contiene el conjunto del Pacífico Sur, Filipinas, Malasia, Indonesia, Tailandia, que con la ASEAN caminan hacia una coordinación que puede extenderse a Indochina y Taiwan e incluso llegar a Corea.

Queda en el mundo otra gran unidad, la de los países islámicos, no exclusiva de un continente, sino afroasiática e incluso algo europea, próxima a nosotros, con número creciente de habitantes y con filosofía, religión y casi lengua común al comunicarse en árabe clásico. Es otra incógnita a que no me he referido más que como amenaza racial para el continente europeo. Hoy son ciudadanos de segunda clase, despreciados por los occidentales, pero esto ha de corregirse, pues su debilidad tecnológica y dificultad sociológica se compensa con sentido de solidaridad, valor personal y entrega religiosa, factores que olvidan otros pueblos y que tendrá creciente importancia en la Edad Universal. Por eso, sus «movimientos

fundamentalistas», más potentes y expansivos de lo que hoy creemos, serán decisivos para la humanidad en la competición de pueblos espirituales con los egoístas y mediocres acomodados.

7. Puede haber duda del papel de España dentro de la trama euroamericana comentada. Si seguimos la corriente hedonista que hoy entusiasma a los españoles nuestro porvenir es limitado, vegetaremos, con éxito material durante varias décadas, pero al perder lo que ha conformado nuestra historia e idiosincrasia no pasaremos de variedad de europeo decadente, sin unión con el pasado. Seremos lo que sea Europa, pero algo menos, en especial si abandonamos responsabilidades con Iberoamérica y el Magreb para «hacer méritos» y buscar una vida de conformismo egoísta.

Si, *milagrosamente,* debo reconocerlo, reaccionáramos y nos convirtiéramos un poco en «reserva de dignidad», y Europa también reaccionara; en ese caso, sólo en ése, nuestra función principal sería servir de enlace de culturas, europeas, iberoamericanas y magrebíes, cabeza de parte de África, y con ello, sin avergonzarnos de lo propio, influiríamos en Europa, en especial en su Este ya incorporado plenamente, con pueblos más aptos para admitir ideas de solidaridad y espiritualidad. Nuestra posición «geo-socio-cultural» nos permite mayor presencia de la que merecemos. El tiempo y Dios dirán lo que pasa, a nosotros casi sólo nos queda rezar.

8. No podría olvidar en este epílogo a todos los autores, casi 400, que individual o colectivamente han colaborado en el gran proyecto de las Colecciones MAPFRE 1492, que espero contribuya durante el próximo y siguientes siglos a conocer mejor América, sus orígenes internos y externos y hechos que contribuyen a su situación actual y futura, y ayudan a profundizar en su identidad y la de sus pueblos y naciones. En especial destaco a aquéllos que tratan temas relacionados con este libro: monseñor David Arias*, Las raíces hispanas de Estados Unidos;* María Antonia Sáinz, *La Florida, siglo XVI;* Robert L. Gold, *La Florida colonial;* Carlos Fernández Shaw, *La Florida contemporánea;* Sylvia L. Hilton, *California;* Iris Engstrand, *Arizona;* Donald C. Cutter, *Nuevo México;* Donald E. Chipman, *Texas;* Paul E. Hoffman, *Luisiana;* David J. Weber, *Veinticinco años de México en Estados Unidos;* Eric Beerman*, España y la Independencia de Estados Unidos;* Merle E. Simmons*, La revolución norteamericana en la independencia de Hispanoamérica;* Mario T. García, Gerald E. Poyo, Virginia Sánchez y Zaragosa Vargas, *Hispanos en Estados Unidos;* Germán Rueda, *Emigración española a Estados Unidos;* y especialmente, por su ayuda en lo etnográfico, al profesor Claudio Esteva-Fabregat, director de la Colección «Indios de América».

9. Como estrambote para este libro, me refiero a cuatro informaciones importantes que he conocido en este enero de 1992:

— Acuerdo posible de la Comunidad Europea para facilitar emigración de ciudadanos del Este para Iberoamérica. No lo había previsto, aunque sí para Angloamérica, pero sería revulsivo sociológico que ayudaría a la recuperación de Iberoamérica. Dios quiera que así sea y que lleguen otras noticias como ésta, para que la Edad Universal sea mejor para todos.

— Acaba de llegar a mis manos un excelente trabajo de Mario Suárez Meló, que se titula *Colombia, siglo XXI,* explicando el trabajo coordinado por Jorge Ramírez Ocampo de un importante elenco de colombianos de diversos sectores que, aun en las difíciles circunstancias actuales, han querido pensar, prever y «prospectar» el futuro de este gran país. Actuaciones como ésta, que personalmente no puedo juzgar en sus detalles, ni incluso en sus personas, pues a ninguno de ellos conozco, son indispensables en cada país, como lo fueron en México y han sido base de su gran cambio reciente. Es necesario algo semejante en cada nación de

Iberoamérica, con independencia y generosidad, alejada de proyecciones de gobernantes coyunturales que piensan más en su carrera que en el futuro colectivo. Si se multiplican estas iniciativas los iberoamericanos podrán ver el próximo siglo si no con optimismo, por lo menos con esperanza. Quizás con inmodestia, pienso que algunas ideas y sugerencias de este libro pueden ayudar a reflexionar a quienes hagan estos esfuerzos, pues mi prospectiva camina por líneas diferentes a las suyas, pero no son contradictorias sino que se complementan, como ocurre en el propio caso de Colombia, que necesita esos esfuerzos de pensamiento y análisis independiente, pero que aún necesita más para afrontar el futuro la coordinación con sus vecinos como nos está ocurriendo en Europa.

— Libro con título casi igual a éste *La utopía de América* de la profesora Beatriz Fernández Herrero [1]. Aun con casi coincidencia de nombre, es muy diferente al mío, se refiere al pasado, a lo que se creyó ver en América, y no al futuro, pero es excelente, me ha sido útil y le deseo un gran éxito.

— Libro de Ramón Tamames con el título *Un Nuevo Orden Mundial* [2], aspecto clave del mío, aunque lo denomino «Universal» y al que dedico una «reflexión». Ramón y yo somos viejos amigos, pero nuestros puntos de vista políticos son muy dispares. Así ocurre esta vez, su torrente de ideas e información es muy valioso, pero en parte cae en el error frecuente de creer que el futuro es la extrapolación «ajustada» del pasado y que no cuenta lo espiritual. Con más tiempo, hubiese comentado sus opiniones, aunque también alguna comparto; sólo me queda desearle también mucho éxito. Está claro que la necesidad de un Nuevo Orden se está difundiendo y aumenta la conciencia general de su trascendencia, aunque haya ideas diferentes para definirlo.

Para terminar, comento que he denominado mi reflexión «Nuevo Orden Universal» y no Mundial. Precisamente en este último día de enero de 1992, la cumbre de las Naciones Unidas ha formulado un Nuevo Orden Mundial cuyo principal aspecto es el abandono del principio de no injerencia, primer paso para la limitación de las soberanías nacionales a que he hecho varias veces referencia en esta obra. Mi denominación «Universal», irresponsable, caprichosa, y más que discutible, que ofrece un «profano» en tema tan complejo, busca que el orden supere la naturaleza del acuerdo de reparto de poder político por capacidad coactiva y llegue a ser fórmula de estructura orgánica universal, con poder participativo de los pueblos y basada en el Derecho y no sólo en la coacción aunque ésta sea indispensable e inevitable (y no olvidemos todo eso del Pecado Original). Me parecía también que el nombre cuadraba mejor con la «Edad Universal» que ahora comienza y que debe basarse en un orden jurídico integral, que en mi opinión para ser efectivo tiene que ser piramidal. Reconozco que son cósmicas las dificultades para que esto se pueda lograr de modo equitativo y voluntario, con fórmulas de soberanía diferentes a las actuales, que ahora, precisamente en este día de hoy empiezan a resquebrajarse.

Laus Deo

Ignacio Hernando de Larramendi Madrid
31 de enero de 1992

[1] Anthropos, Barcelona, 1992.
[2] Espasa-Calpe, Madrid, 1992.

Después de preparado este epílogo, como postdata añado cuatro comentarios:

— Sobre la limitación de las soberanías nacionales acabo de conocer un estudio recién publicado en la *Revue de Droit International Public* con el título «¿Derecho de injerencia?», principalmente por razones humanitarias, por el profesor Mario Betteti, antiguo decano de la Facultad de Derecho de París Sud. Comenta resoluciones de las Naciones Unidas en que incluso se habla de «deber de injerencia». Confirmo mi impresión de que será tema importante en este fin de siglo y en el próximo.

— Nueva área de «escándalo» por mis comentarios relacionados con el carlismo, que parecen desproporcionados en este epílogo. Me defiendo porque reflejan un profundo punto de vista personal, pero nunca los hubiese incorporado si el carlismo fuese una opción política actual y no recuerdo, ¿arqueológico?, del pasado, si bien clave para reflexionar sobre el futuro. En una «acción empresarial» como lo son aún de modo indirecto estas «Colecciones» no cabe defensa de una opción política; las empresas son instrumentos de gestión económica ante la sociedad y deben aislarse de las opiniones personales de sus dirigentes, clientes y colaboradores. El Sistema MAPFRE es respetado y aceptado entre personas de muy diferente pensamiento político o ideológico por haber mantenido esa postura, que incluso refleja en sus Estatutos precisamente a propuesta mía. Ese espíritu no se conculca. Mis comentarios sirven para que se entienda al autor, ya que el carlismo es lo que ha justificado durante muchos años una actitud especial de independencia y respeto a empleados y a la sociedad, poco frecuente en el entorno español y que es consecuencia de un poso carlista adquirido familiarmente.

— Casi no me atrevo a decir que también ha escandalizado la profesión de fe y defensa de la Iglesia Católica. Entristece que esto ocurra cuando constantemente se difunden sin escándalo manifestaciones contrarias a la dignidad humana. En todo caso, lejos de enmendar mi postura, me honra y la ratifico, aunque sólo sea como ejemplo de lo que corresponde a quien se considera católico, aun muy imperfecto. La sociedad actual puede considerarse que tiene las «vergüenzas cambiadas», a mí no me ocurre.

— No me han comentado que escandalice el exceso de afirmaciones rotundas de futuro, de puntos de vista heterodoxos de que no está ausente la prepotencia. Las notas personales, quizás inoportunas e incluso discordes con otras, humanizan el libro al facilitar su crítica y rebajar lo que en él puede haber de petulancia profética y tono «pontifical».

11 de febrero de 1992.